



“Hernán Cortés: la mar del Sur (1522), la isla poblada de mujeres (1532), el viaje a las Molucas por el camino del poniente (1527), y sus expediciones a California (1532-1539)”

p. 33-56

Miguel León-Portilla

Cartografía y crónicas de la Antigua California

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



II

HERNÁN CORTÉS: LA MAR DEL SUR (1522), LA ISLA POBLADA DE MUJERES (1523), EL VIAJE A LAS MOLUCAS POR EL CAMINO DEL PONIENTE (1527), Y SUS EXPEDICIONES A CALIFORNIA (1532-1539)





Protagonista es Hernán Cortés en lo que a continuación vamos a referir. No cae en nuestro tema su invasión y conquista de México; a las crónicas de vencedores y vencidos referimos a quienes prefieran detenerse en tal historia. Nosotros, retomando lo hasta aquí considerado, volvemos a situarnos en 1522.

Revelador ciertamente del carácter de Cortés es el hecho de que su asentamiento definitivo en la que llamó Nueva España, lejos de aquietar sus afanes, fue acicate y principio de nuevas empresas. Su triunfo sobre quienes desde México-Tenochtitlan habían sido dueños de tan vastos reinos y señoríos, no borró de su conciencia la idea de ampliar aún más lo hasta entonces conocido y sujeto al imperio de Carlos V. De modo especial le interesó la posibilidad de encontrar, desde esa Nueva España, el anhelado camino al Asia.

Encuentro de la mar del Sur

Concibió entonces un ambicioso proyecto que implicaba antes que nada, explorar las costas de la tierra en que se hallaba. Sabía él que, pocos años antes, Vasco Núñez de Balboa, en Castilla del Oro (Panamá), había

contemplado otro océano, al que llamó por la dirección en que se le presentó: “Mar del Sur”. Escribiendo al emperador desde Coyoacán, el 15 de mayo de 1522, entre otras cosas, le manifestó:

Yo tenía, muy poderoso señor, alguna noticia, poco había, de otra mar del Sur, y sabía que por dos o tres partes estaba a doce y a trece y catorce jornadas de aquí; y estaba muy ufano, porque me parecía que en la descubrir se hacía a vuestra majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que, descubriendo por estas partes la mar del Sur, se había de descubrir y hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería y se había de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables; y esto han afirmado y afirman también personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía . . .

Y con tal deseo y con que de mí pudiese vuestra majestad recibir en esto muy singular y memorable servicio, despaché cuatro españoles, los dos por ciertas provincias y los otros dos por otras; e informados de las vías que habían de llevar y, dándoles personas de indios amigos que los guiasen y fuesen con ellos, se partieron. Y yo les mandé que no parasen hasta llegar a la mar y, que en descubriéndola, tomasen la posesión real



Figura 15. Mapa elaborado en 1525 y que muestra un perfil muy semejante al que, para Hernán Cortés probablemente tenía, hacia 1524, el país conquistado por él, con el golfo de México y una parte del océano Pacífico. Todo lo demás le era desconocido. Esta carta se conoce como “Mapa Castiglioni”. Fue obsequiada por Carlos V, al conde Baldassare y enviada a Mantua, donde hasta hoy se conserva en el Archivo Marchesi Castiglioni.

y corporalmente en nombre de vuestra majestad; y los unos anduvieron cerca de ciento y treinta leguas por muchas y buenas provincias sin recibir ningún estorbo, y llegaron a la mar y tomaron la posesión, y en señal pusieron cruces en la costa de ella. Y después de ciertos días se volvieron con la relación del dicho descubrimiento, y me informaron muy particularmente de todo, y me trajeron algunas personas de los naturales de la dicha mar . . .

Los otros dos españoles se detuvieron algo más, porque anduvieron cerca de ciento y cincuenta leguas por otra parte hasta llegar a la dicha mar, donde asimismo tomaron la dicha posesión, y me trajeron larga relación de la costa, y se vinieron con ellos algunos de los naturales de ella . . .¹

El encuentro con el Pacífico mexicano ocurrió así en los primeros meses de 1522, es decir menos de un año después de la toma de la ciudad de México-Tenochtitlan. En otra comunicación más breve, enviada por Cor-

tés al emperador, también desde Coyoacán y de igual fecha que la tercera de sus cartas de relación (el 15 de mayo de 1522), Cortés vuelve sobre el asunto y aporta otra información de particular importancia: ha comenzado ya a construir navíos para empezar la exploración del Pacífico. Si bien en la cuarta relación, que algo más de dos años después remitió a Carlos V, nota expresamente que tenía ya noticias del viaje de Magallanes, al escribir esta carta aún parece ignorarlo. Por eso mismo reitera la importancia que da a las exploraciones que proyecta, valiéndose de las embarcaciones que entonces está disponiendo.

Un año y medio después, al escribir la cuarta de sus relaciones —de fecha 15 de octubre de 1524— Cortés se muestra más claro aún en sus propósitos. Alude ya a la expedición de Hernando Magallanes, emprendida en 1519, precisamente al tiempo de su propio desembarco en tierras mexicanas. Sabe además que existe “un estrecho . . . que descubrió Magallanes”. Mas, pensando con razón

¹ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Porrúa, 1969, p. 191-192.

que dicho paso recién hallado está muy alejado en el extremo sur del Nuevo Mundo, señala la necesidad de buscar otra vía más accesible, en el hemisferio norte, entre España y Asia. Por ello se ha propuesto ampliar sus exploraciones hasta abarcar los dos litorales:

Saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río Pánuco y la Florida [a lo largo del Golfo de México], que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de León, y de allí la costa de la dicha Florida, por la parte del Norte hasta llegar a los Bacalaos [Terranova y Nueva Escocia], porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur [el océano Pacífico], y se hallase, según cierta figura que yo tengo . . . Y siendo Dios Nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho, sería la navegación muy buena desde la Especería [las Molucas y en general el Asia], para esos reinos de vuestra majestad, muy buena y muy breve; y tanto que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega [se refiere o a la ruta seguida por Magallanes o la descubierta por los portugueses circundando el África], y sin ningún riesgo ni peligro de los navíos que fueren y vinieren, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos de vuestra majestad.²

El proyecto de buscar ese paso o estrecho septentrional —respecto del cual Cortés afirma tener ya una “cierta figura” o carta— iba a traer muy pronto tangibles consecuencias.

Aportaciones cartográficas

Con sus cartas de relación, don Hernando se sumaba ya de hecho a quienes aportaban noticias que muchas veces pasaban a enriquecer la nueva cartografía. Es cierto que lo expresado por él sobre la mar del Sur en la Nueva España, no se incorporó de inmediato en mapa alguno. En cambio, lo manifestado en su segunda carta a propósito de sus conquistas, al ser publicado en Nuremberg y en Venecia en 1524 hizo —según ya vimos— que se difundiera un primer mapa, en extremo importante, en el que se representaban con abundancia de detalles el golfo de México y tierras adyacentes.

En dicho mapa se aprovechó tanto lo aportado directamente por Cortés sobre lo que había explorado de los litorales del golfo de México, como lo que acerca de los mismos

hasta la Florida, revelaba la también ya descrita carta de Alonso Alvarez de Pineda que había recorrido todas las costas del dicho golfo en 1519, enviado por Francisco de Garay. De las formas como influyeron uno y otro de estos mapas en la cartografía universal tratamos ya en el capítulo anterior.³

Cortés y las noticias sobre la isla poblada toda de mujeres

En tanto que la fachada Atlántica del Nuevo Mundo se iba conociendo cada vez más, la que nombraremos “su espalda”, continuaba ofreciendo innumerables incógnitas. Interesado en hurgar acerca de lo que llamaba “secretos de la costa” se hallaba durante esos años Hernán Cortés en la Nueva España. De lo que, con tal propósito llevaba a cabo, vamos a enterarnos enseguida.

En posición ya de informes sobre la mar del Sur, hallada por sus enviados desde 1522, allegó poco después importantes noticias acerca de ella. En 1523 su capitán Gonzalo de Sandoval, tras un nuevo recorrido:

Entre la relación que de aquellas provincias hizo, trajo nueva de un buen puerto que en aquella costa se había hallado, de que holgué mucho . . . y asimismo se trajo relación de los señores de la provincia de Cihuatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres, las guardan, y si hombres, los echan de su compañía; y que esta isla está diez jornadas de esta provincia y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro; yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a vuestra majestad.⁴

Justamente el topónimo *Cihuatán* significa “Lugar de mujeres”. Situado dicho lugar por el rumbo del poniente, connotaba la creencia prehispánica de que era en el occidente donde las muertas de parto —con un prisionero en su seno— acompañaban al Sol, como lo hacían a su vez los guerreros desde el alba hasta el mediodía. Lo expresado por Gonzalo de Sandoval, además de implicar vaga alu-

³ Ofrece reproducciones de varios de los mencionados mapas: Ridney W. Shirley, *The Mapping of the World. Early Printed World Maps, 1472-1700*, London, The Holland Press. Cartographica Series, 1983.

⁴ Cortés, *Cartas y documentos . . .*, p. 213.

² *Ibid.*, p. 232.

sión a tal creencia, guardaba extraordinario parecido con lo referido en un célebre libro de caballerías, *Las Sergas de Esplandián* de Garcí Ordóñez de Montalvo, obra publicada en 1510 y que muy verosímilmente habían leído o leían por ese tiempo algunos de los capitanes de Cortés. En dicho libro justamente se habla de una isla nombrada California. He aquí el texto de las *Sergas* o sagas del caballero Esplandián:

Quiero agora que sepáis una cosa, la más extraña que nunca por escritura ni en memoria de gente ningún caso hallar se pudo . . . Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California . . . la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún hombre entre ellas hubiese, que casi como las Amazonas era su manera de vivir. Éstas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas, la ínsula en sí la más fuerte de rocas y bravas peñas que en el mundo se hallaba; sus armas eran todas de oro . . ., que en toda la isla no había otro metal alguno . . .

Y algunas veces que tenían paces con sus contrarios, mezclábanse con toda seguridad unas con otros, y habían ayuntamientos carnales, de donde se seguía quedar muchas dellas preñadas y, si parían hembra, guardábanla y, si parían varón, luego era muerto . . .⁵

Varios años después de que Cortés transcribiera —en 15 de octubre de 1524— la relación sobre Cihuatán y la isla “toda poblada de mujeres . . . y muy rica de perlas y oro”, cuando en 1535 puso pie en la bahía que llamó de Santa Cruz (La Paz), él mismo o alguno de sus capitanes verosímilmente habrían de recordar el relato de *Las Sergas de Esplandián*. Pudieron pensar así que en verdad, “a la mano distra de las Indias”, es decir al oriente de ellas y al occidente del Nuevo Mundo, les había salido al paso la portentosa California.

La fallida búsqueda del estrecho y las varias desgracias de Cortés

Con el propósito de iniciar cuanto antes la búsqueda de un estrecho que comunicara al mar del Norte (Atlántico) con el del Sur (Pacífico), dispuso luego Cortés dos exploraciones por tierra. Pedro de Alvarado salió

por el rumbo del Pacífico sur, a través de Oaxaca, Chiapas y Guatemala. A su vez, Cristóbal de Olid fue despachado por las costas del golfo de México hacia la región de las Hibueras, en territorio de la actual Honduras. Ambos capitanes llevaban como misión, además de conquistar y dar noticias de nuevas tierras y señoríos, la de buscar el estrecho.

En la primera de las cartas de relación que Pedro de Alvarado remitió a Cortés, fechada en Uatatlán, Guatemala, el 11 de abril de 1524, le había informado a este respecto:

También me han dicho que, a cinco jornadas adelante de una ciudad muy grande que está a dos jornadas de aquí, se acaba la tierra; si así es, certísimo en que es el estrecho . . .⁶

Como si comentara tal informe, expresa Cortés algunos meses más tarde su optimismo:

Tengo por cierto, según las nuevas y figuras de aquella tierra que yo tengo, que se han de juntar el dicho Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, si estrecho no los parte.⁷

De esas dos expediciones, de Alvarado y Olid, se siguieron consecuencias muy diferentes. Alvarado llegó a conquistar el reino de Guatemala, de no poca importancia como una ampliación más de la Nueva España, donde con el paso del tiempo se instalaría otra Real Audiencia. Por su parte, Cristóbal de Olid, haciendo traición a don Hernando, había entrado en contacto con Diego Velázquez, adoptando pronto franca rebeldía contra quien lo había enviado a la tal expedición.

Precisamente a ello se debió que Cortés distrajera por algún tiempo su atención del gobierno de la Nueva España y de sus empresas en la mar del Sur. En extremo desafortunado fue para él salir a mediados de octubre de 1524 con rumbo a las Hibueras para dar castigo ejemplar al capitán rebelde. En la quinta de sus cartas de relación refiere los sinsabores de esa larga marcha que traería para él otras consecuencias, más adversas que las penalidades que entonces hubo de afrontar.

⁵ Garcí Ordóñez de Montalvo, *Las Sergas del virtuoso caballero Esplandián, hijo de Amadís de Gaula*, (Sevilla, 1510), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1857, p. 539.

⁶ “Relaciones hechas por Pedro de Alvarado”, en Francisco Fernández del Castillo, *Don Pedro de Alvarado*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1945, p. 180.

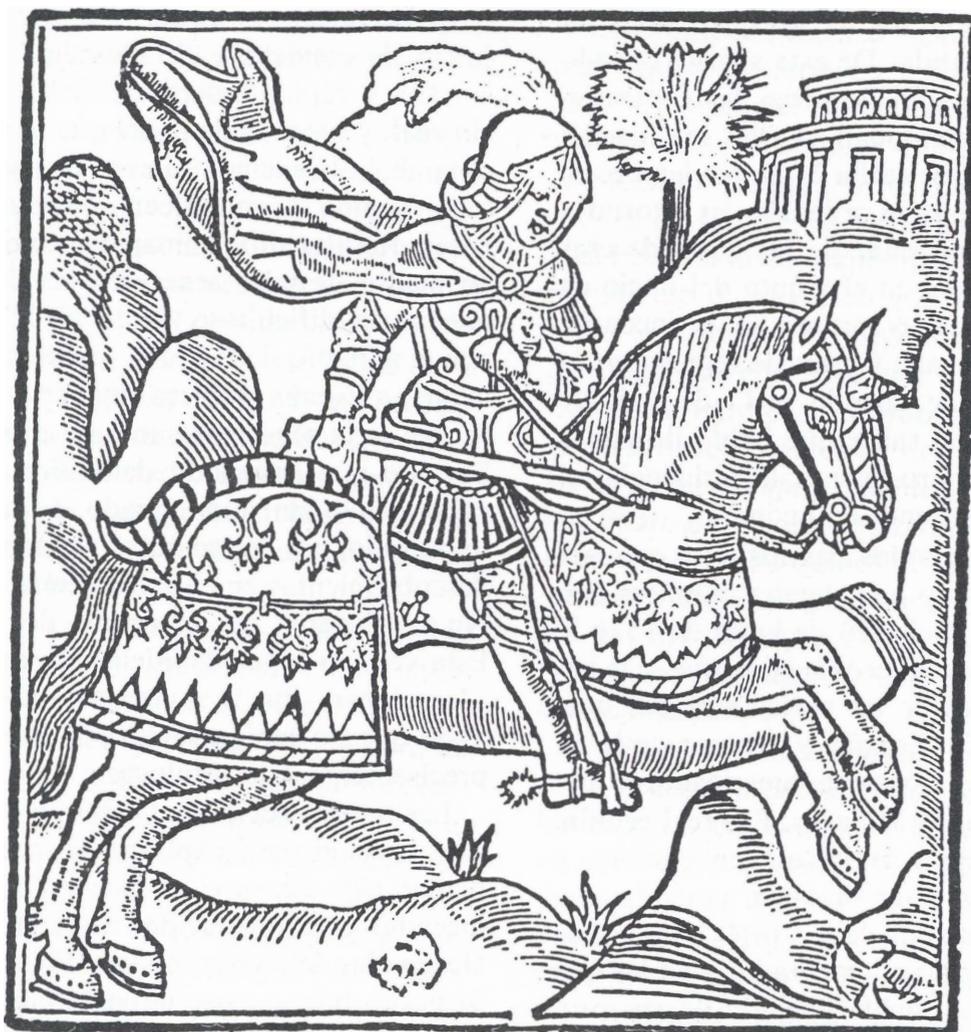
⁷ Cortés, *Cartas y Documentos . . .*, p. 226.

EL RAMO
QUE DE LOS QVA
TROLIBROS DE AMADIS

DE GAVLA SALE.

LLAMADO. LAS SERGAS DEL MVT
*Esforçado Cavallero Esplandian ,hyo del excelente Rey
Amadis de Gaula.*

AORA NVEVA MENTE EMENDADAS EN ESTA
Impresion , de muchos errores que en las Impresiones
passadas auia.



EN ÇARAGOÇA,
IMPRESSO CON LICENCIA, EN CASA DE SIMON
de Portonarijs, Año M. D. LXXXVII.

Hacosta de Pedro de Hybarra, y Antonio Hernandez, mercaderes de libros,
en la Cuchilleria.

Figura 16. Portada de la edición de Zaragoza, 1587 de las Sergas de Esplandián, de Garci Ordóñez de Montalvo, publicada originalmente en Salamanca, 1510.

tar. Fue entonces cuando dio muerte a Cuauh-témoc, el último señor de los mexicas. De esa acción que, según Bernal Díaz del Castillo, fue condenada por todos los que lo acompañaban, habrían de seguirse a Cortés otras muchas críticas.⁸ Además, su ausencia de la capital abrió, por otra parte, el camino a los desmanes de los miembros de la primera Audiencia, de modo especial a quien siempre fue su enemigo, Nuño Beltrán de Guzmán. Esa ausencia traería, en última instancia, disminución del poder de Cortés y asimismo nueva demora en sus propósitos de exploración en la mar del Sur.

Los miembros de la Audiencia, dando por desaparecido al conquistador, o por lo menos decididos a contrariar sus propósitos si es que regresaba, estorbaron cuanto pudieron la construcción de los navíos que Cortés fabricaba en Zacatula. De esta suerte, cuando Cortés regresó, eran no pocas las contrariedades que le aguardaban. A ellas se sumaron una real cédula, de fecha 24 de noviembre de 1525, en la que se le ordenaba su retorno a España para “informar de las cosas de esas tierras”, y atender en el asunto del juicio de residencia que muy pronto se le incoaría. Poco tiempo llevaba Cortés de regreso en la ciudad de México, cuando, el 11 de junio de 1526, le hicieron saber que había llegado a Veracruz, para proceder a la residencia, el licenciado Luis Ponce de León.

Múltiples fueron los asuntos a los que, sin darse reposo, tuvo que atender entonces don Hernando. De fecha 20 de junio de 1526 le llegó luego otra real cédula en la que se le hacía saber acerca de las varias armadas que, zarpando desde España y trasponiendo el extremo sur del continente americano, se habían dirigido a las Molucas. Esa real cédula, en la que además se incluía un encargo y mandato, venía a ser de algún modo la respuesta que tanto anhelaba Cortés a las cartas que había dirigido al emperador y en las que muchas veces le había hablado de sus proyectadas exploraciones en la mar del Sur. Como habremos de verlo, la orden que en su cédula le daba Carlos V consistía precisamente en que enviara las carabelas o bergantines que tenía hechos, en auxilio, o para obtener

información, de dos armadas en particular, la que había salido a las órdenes de Frey García Jofre de Loaysa y la que poco después partió también, llevando como capitán al célebre Sebastián Caboto.

Coincidencia casi inverosímil fue que precisamente por ese mismo tiempo hubiera arribado a las costas de la Nueva España, por el rumbo de Tehuantepec, un patache, pequeña embarcación, que había sido parte de la armada de Loaysa y, separándose de ella, había perdido el rumbo. Un clérigo que en ella venía, de nombre Juan de Arrazaga, se trasladó a la ciudad de México y expuso a Cortés cuanto sabía de la expedición de Loaysa y de lo que había sucedido a quienes venían en el patache.⁹ Todo esto ocurría en fecha cercana a la llegada del licenciado Ponce de León, que venía para hacerse cargo del juicio de residencia de Hernán Cortés. La extraña y rápida muerte de dicho funcionario real, y luego la de aquel que lo sustituyó, el también licenciado Marcos de Aguilar, habían venido a complicar todavía más las cosas. Resulta difícil imaginar cómo Cortés, en medio de tales acaeceres, recién llegado apenas del dificultoso viaje a las Hibueras, y con el apremio de la orden que tenía de trasladarse a España, pudiera atender a cuanto entonces se le presentaba tocante a la mar del Sur. Lo que enseguida determinó y llevó a cabo estuvo sin duda guiado, para no decir impulsado, por ese su obsesivo afán de hacer descubrimientos en el océano, más allá de la Nueva España, por el rumbo del poniente. Esta vez, en lugar de iniciar sus propias exploraciones, iba a enviar sus navíos a un viaje que no tenía previsto de inmediato y, precisamente, a las Molucas.

Los navíos que tenía Cortés en proceso de construcción para explorar la mar del Sur, habían sido consumidos por el fuego en un incendio. Con su tenacidad característica, don Hernando, de regreso de las Hibueras, había dedicado buena parte de sus afanes a fabricar otros. Con ellos iba a dar cumplimiento a la real orden de ir en pos de la armada de Loaysa. Como capitán de dicha empresa escogió a Alvaro de Saavedra Cerón.

⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de México*, estudio introductorio de Miguel León-Portilla, 2 v., Madrid, Historia 16, 1984, t. II, p. 278.

⁹ Véase acerca de esto: Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 17 v., Madrid, Real Academia de la Historia, 1934-1957, (década tercera, capítulo V), t. IV, p. 38.

La expedición a las Molucas

Se conservan las “Instrucciones” que el extremeño dio a Saavedra Cerón, para esa primera expedición desde México al Asia, al igual que varias cartas de don Hernando dirigidas a los reyes y señores de Tidore y Cebú, y otras destinadas a los hombres de Sebastián Caboto y del comendador Loaysa a quienes enviaba socorro. Ese viaje, emprendido en 1527, sería en fin de cuentas la realización del antiguo empeño. En el ámbito del hemisferio norte se iba a cumplir la llegada al Asia por el rumbo del poniente.

Antes, en 1519-1522, la armada de Magallanes, básicamente los sobrevivientes de la misma al mando de Juan Sebastián Elcano, habían logrado su cometido, descubriendo el estrecho en el extremo sur del Nuevo Mundo y circunnavegando el globo hasta retornar a España en la nao *Victoria*.¹⁰

El que regresara a España, después de circunnavegar por vez primera al mundo la nao *Victoria*, con Elcano al frente, portador de noticias de cuanto se había descubierto, había sido incentivo de nuevas expediciones. La armada de Frey Jofre García de Loaysa —con el mismo Elcano a bordo— que zarpó de la Coruña el 24 de junio de 1525, fue precisamente la primera consecuencia del incentivo que se había despertado. También vino a ser consecuencia la real orden enviada a Cortés que determinó la salida de Saavedra Cerón con rumbo a las Molucas.

Para conocer las peripecias y final destino de la expedición despachada por Cortés se dispone de tres documentos principales. Uno es la *Relación del Viaje que hizo Alvaro de Saavedra desde la Costa Occidental de Nueva España a las Islas del Moluco*, debida al escribano de la armada, Francisco Granado.¹¹ Otras dos relaciones, bastante más pormenorizadas, se deben a otro de los participantes, de nombre Vicencio o Vicente de Nápoles, respecto del cual se conservan varias

noticias, entre ellas la de que, llegado a la Especiería, estuvo dos años preso en Malaca hasta que, liberado, fue llevado a Portugal y de allí pasó a Sevilla. Poniéndose en contacto con los oficiales de la Casa de Contratación, obtuvo de éstos una recomendación dirigida al Consejo de Indias en la que se asienta que el dicho Vicente de Nápoles había pasado a la Especiería con las tres carabelas de Cortés y, al parecer, “de todo lo de aquella tierra estaba informado y daba buenas señas y él deseaba dar cuenta dello a Su Majestad”. De estos dos testimonios, que difieren en extensión y contenido, uno se conserva como parte del Archivo del Hospital de Jesús, indicio de su regreso a México, en tanto que el otro quedó en el Archivo de Indias de Sevilla, vestigio claro de su estancia en España.¹²

Los límites de espacio me obligan a reconstruir aquí lo más sobresaliente del viaje. Tres eran las carabelas que tenía dispuestas Hernán Cortés. Una era la *Florida*, en la que embarcaron treinta y ocho hombres de tierra y doce de la mar, es decir cincuenta personas. Era esta la nao capitana, a cargo del mismo Alvaro de Saavedra que iba al frente de toda la armada. La segunda se nombraba *Santiago*. En ella “iba por capitán Luis de Cárdenas, natural de Córdoba; llevaba cuarenta y cinco hombres de tierra y de la mar”. En la tercera, *Espíritu Santo*, “iba por capitán Pedro de Fuentes, natural de Jerez de la Frontera; llevaba quince hombres de la mar y tierra”. Como puede verse, no eran muchos los expedicionarios ya que, sumando las cifras que se han dado, se llega tan sólo a la de ciento diez personas.

Una precaución adicional fue la de someter a prueba la buena condición de las embarcaciones, enviándolas a lo largo de la costa, con rumbo al norte, hasta llegar al puerto de Santiago en 19° 41' de altura, en la provincia de Colima. Este viaje, que llamaré experimental, vino a ser la primera expedición marítima al norte de Zacatula. Confirmados en la buena fábrica de las embarca-

¹⁰ Al relato clásico de Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, Espasa, 1963, debe sumarse el texto recientemente descubierto de “El libro de la nao *Victoria*”, publicado por Mauricio Obregón, en *La primera vuelta al mundo. Magallanes, Elcano y El libro perdido de la nao Victoria*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Plaza Janés, 1984.

¹¹ Francisco Granado, *Relación . . .*, en Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron los españoles*, 5 v., Asunción, Editorial Guaranía, 1946, t. V, p. 427-438.

¹² “Relación que hizo Vicencio de Nápoles de la navegación de Alvaro Saavedra desde la Nueva España en descubrimiento de los Molucos”, Archivo del Hospital de Jesús (AGN), legajo 438, expediente 1. Publicada por Romero Solano, *op. cit.*, p. 142-175. Esta relación es distinta de la que se debe al mismo autor y que, conservada en España, ha sido publicada por Martín Fernández de Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, t. V, p. 438-448.

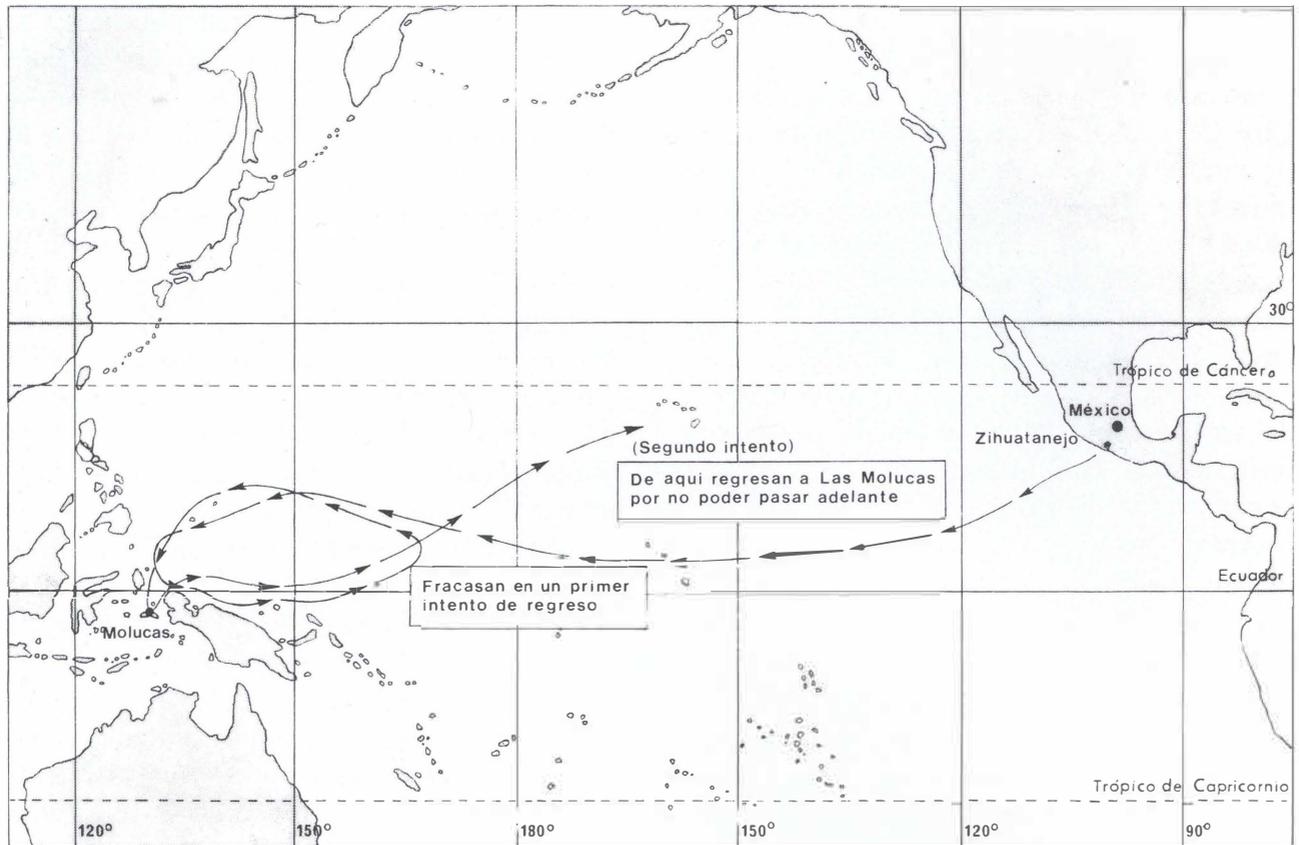


Figura 17. Expedición enviada por Cortés a las Molucas, 1527.

ciones y de regreso en Zacatula, poco tiempo después la pequeña armada volvió a salir hacia el cercano puerto de Zihuatanejo. Los testimonios coinciden en que los tres navíos se hicieron a la mar, rumbo a las Molucas, la víspera de Todos Santos, último día de octubre de 1527. Después de no pocas peripecias por no decir grandes riesgos, llegaron Saavedra y sus hombres, el 27 de marzo de 1528, hasta Gilolo, donde estaba la fortaleza del capitán Hernando de la Torre, sobreviviente de la expedición de Loaysa, con una sola embarcación, *La Florida*, pues las otras dos se perdieron. Citando la relación de Vicencio Nápoles que se conserva en el Archivo del Hospital de Jesús podemos enterarnos de cómo ocurrió el encuentro.

Allí donde estábamos surtos estaba la fortaleza que tenía la gente del Comendador Loaysa y allí estaba por capitán Hernando de la Torre, natural de Burgos (hijo de Alonso de la Torre y Catalina Montenegro), el cual tenía hasta ciento y veinte hombres y dos docenas de tiros de artillería y aquella fusta [pequeña embarcación] que vino en nuestro socorro.

Nuestro capitán y toda la gente de nuestro navío, que serían hasta treinta hombres, saltamos a tierra y fuimos muy bien recibidos del capitán y de los demás que allí estaban, de los cuales supimos que había que estaban allí ocho meses,

que habían llegado con la nao capitana sola, y el rey de Tidore los había recibido de paz y dádoles todos los bastimentos que habían menester por sus dineros; este rey de Tidore, que se llama Rosamira, los recibió en aquel puerto y se favoreció de ellos contra los portugueses que le daban guerra y había recibido malas obras de ellos por estar bien con las cosas de nuestro Emperador, porque como muchos días antes allí había estado el capitán Espinosa con una nao de las de Magallanes, y de esto nos conocían, y tenía amistad a nuestra España.¹³

De los varios testimonios de españoles de la armada de Loaysa que con de la Torre se hallaban en Tidore cuando arribó allí Saavedra, citaré al menos lo referido por uno, Juan de Mazuecos, natural de Lepe, en el condado de Ayamonte, el cual de regreso en España, prestó declaración en Palencia, el 17 de septiembre de 1534. He aquí sus palabras:

Estando este testigo en la isla de Tidore con el capitán y gente que ha dicho [Hernando de la Torre y sus hombres], vino a aquella isla una carabela, de que iba por capitán un Saavedra, capitán del dicho marqués del Valle, y que allí tomó relación cómo los había hallado allí, y estuvo en la dicha isla adobando la carabela, y tomando bastimentos para se volver a la Nueva España, y cierto clavo . . .¹⁴

¹³ "Relación de Vicencio de Nápoles . . ."

¹⁴ *Ibid.*



Figura 18. Un mapa de 1589 debido a Abraham Ortelio en el que se muestra la gran extensión del Pacífico. Más allá de una Nueva Guinea, sumamente desproporcionada, con la indicación de que quibusdam Terra de Piccinacoli (para algunos es la tierra de los que cultivan en piscinas); se ven las Molucas, el destino de la armada de Saavedra Cerón, enviado por Cortés en 1527. La embarcación pretende ser una réplica de la nao Victoria de Magallanes.

Después de prestar auxilio al capitán de la Torre y recibir también de él socorro necesario para reparar la nao capitana, decidió Saavedra emprender su regreso a la Nueva España. Zarpó para tal efecto de Gilolo el 30 de mayo del mismo año de 1528, con “obra de sesenta quintales de clavo”. Sorteando otra serie de peligros, la navegación con rumbo a la Nueva España se prosiguió por el norte hasta las islas de los Ladrones [Marianas] en cerca de 14°. Allí, a pesar de repetidos intentos, no pudieron continuar adelante por falta de vientos. Por ello Saavedra decidió regresar a Mindanao y de allí a Tidore. Se volvió a reparar allí el navío con ayuda del capitán de la Torre.

Otra vez Saavedra se hizo a la vela el 3 de mayo de 1528, con rumbo a la Nueva España. Más de cinco meses de esfuerzos, con desembarcos en algunas de las islas de San Lázaro (Filipinas) y Marianas, resultaron vanos ya que tampoco entonces fue posible hallar vientos favorables. De un nuevo y forzado retorno a Tidore hablan las varias relaciones pero es, gracias a Gómara, como sabemos que, antes de regresar —el 19 de octubre— navegando, murió Alvaro de Saavedra Cerón, el enviado de Cortés que sólo en parte, alcanzó a cumplir su cometido. Sus fallidos intentos de regresar a México habrían de convertirse al menos en lección valiosa para Andrés de Urdaneta que estaba en las Molucas como sobreviviente de la armada de Loaysa. Años más tarde, en 1565, para realizar su famoso “tornaviaje” desde las islas Filipinas, aconsejó él subir a una latitud mucho mayor, para superar los obstáculos que habían hecho imposible el retorno de Saavedra.

Los sobrevivientes, entre ellos Vicencio de Nápoles, tras caer prisioneros de los portugueses, obtuvieron licencia para embarcarse en Cochín en un navío portugués con destino a Lisboa. Su desembarco allí, el 15 de agosto de 1534 —casi siete años después de haber salido de Zihuatanejo— puso término a esta nada común aventura, en realidad empresa extraordinaria, primerísimo viaje de exploración desde costas mexicanas al corazón del Asia.

A la vez que consta que, de Lisboa pasaron los referidos sobrevivientes a Sevilla y de allí a Madrid, donde rindieron sus informes, sabemos también que, incluso desde algún tiempo antes, habían llegado noticias a México

tocantes al destino de esa armada. De ello da prueba la carta que don Hernando envió al emperador el 20 de abril de 1532. En ella, entre otras cosas, le manifiesta lo siguiente:

También fue vuestra majestad servido que yo entendiese en el descubrimiento de esta mar del Sur, y así por la voluntad que yo de vuestra majestad conocí de saber los secretos della, y por ejecutar la que yo siempre he tenido de servir, como por socorrer a las gentes que vuestra majestad mandó a enviar a las islas de Maluco, que soy informado que llegaron e hicieron muy cumplidamente lo que por vuestra majestad y por mí, en su real nombre, les fue mandado y, pareciéndome inhumano no socorrerlos, habiendo tan bien servido y, estando como están en tal peligro, así de los naturales como de las armadas del rey de Portugal, a quien, según se dice, han ofendido; que no dejará de tomar la enmienda, como ha hecho de otros que vuestra majestad ha enviado a aquellas partes . . .¹⁵

Al decir del conquistador, para poner en su lugar las cosas —rescatar a los de su propia armada a las Molucas y reprimir a los portugueses—, había dispuesto la construcción de cinco navíos que dejó en la costa de Tehuantepec antes de viajar a España en 1528, pero que al regresar de ella, en 1530, los halló

todos podridos y destruidos y todos los aparejos de ellos y muchas armas y artillería, que lo destruyeron los oidores pasados [Nuño de Guzmán y sus cómplices] . . .¹⁶

De esta suerte, así como se muestra Cortés enterado de la llegada de Saavedra a las Molucas y de sus ulteriores quebrantos por causa de los portugueses, hace de ello argumento para quejarse de que se le ha impedido enviar otros navíos en auxilio de su armada. Pide, en consecuencia, al monarca “lo mande remediar como sea servido”, y vuelve a manifestar que, conociendo que mucho interesa al soberano, “saber los secretos de esta mar del Sur”, ha sacado nuevas fuerzas para empeñarse en preparar otros navíos, incluso con gran daño de su propia hacienda.

A la luz de todo esto, la citada carta, del 20 de abril de 1532, puede tenerse como una especie de eslabón que une el esfuerzo realizado para llegar a las Molucas desde tierras mexicanas, con los propósitos en cuyo logro

¹⁵ Cortés, *Cartas y documentos . . .*, p. 497-498.

¹⁶ *Loc. cit.*

se adentraba ya Cortés, de explorar en el Pacífico, en busca de esa gran isla, rica en oro y perlas de la que desde mucho tiempo atrás tenía noticias. Como veremos, a tal empeño —siempre en relación con la mar del Sur— iba a dedicar muchas de sus energías, en medio de nuevas contradicciones, durante los diez últimos años de su estancia en Nueva España.

Capitulaciones para explorar en la mar del Sur

Fue la década a partir de 1531 el lapso en que Hernán Cortés se dedicó a organizar otras cuatro expediciones por la mar del Sur, en una de las cuales se embarcó él mismo y tomó posesión de California.

Cabe recordar que, tras haber despachado sus navíos a las Molucas el 30 de octubre de 1527, Cortés decidió viajar a España para resolver graves asuntos que tenía pendientes, entre ellos el de su situación en la Nueva España y el tocante a las exploraciones en la mar del Sur. Respecto de este último punto, que es el que aquí nos interesa, diremos que logró su cometido. Además del título de marqués del Valle de Oaxaca, con la concesión de veintidós pueblos y veintitrés mil vasallos, y del rango de capitán general de la Nueva España, logró las tan deseadas capitulaciones para explorar y poblar en cualesquier islas y tierra firme de la mar del Sur. Estas, suscritas por la reina Juana, con fecha 27 de octubre de 1529, hacían constar lo siguiente:

Por cuanto vos don Hernando Cortés, marqués del Valle, nos hiciste relación que, con deseos de nos servir y del bien y acrecentamiento de Nuestra Corona Real, como siempre lo habéis fecho, querriades descubrir, conquistar y poblar cualesquier isla, tierras y provincias, que hay en el mar del Sur de la Nueva España, que no sea en paraje de las tierras que hasta agora hay proveídos gobernadores, todo a vuestra costa y minción [carga, paga], sin que en ningún tiempo, seamos obligados a vos pagar los gastos que en ello hiciédeses, más de lo que en esta capitulación vos fuese otorgado, y me suplicaste y pediste por merced, vos mandase encomendar y dar licencia para hacer la conquista de las dichas tierras y vos condesiese y otorgase las mercedes y con las condiciones que de suyo serán contenidas, sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulación siguiente:

Primeramente, vos damos licencia, poder y facultad para que por nos, y en nombre de la Co-

rona Real de Castilla, podáis descubrir, conquistar y poblar cualesquier isla que hay en la mar del Sur, de la Nueva España, questén en su paraje y todas las que hallades hacia el poniente, no siendo en el paraje de las tierras en que hoy hay proveídos gobernadores; y ansí mismo vos damos la dicha licencia y facultad, para que podáis descubrir cualquier parte de tierra firme que hallades por la costa del sur hacia el poniente que no se faya hasta agora descubierta ni entre en límites y pasaje norte-sur de la tierra que está dada en gobernación a Pánfilo de Narváez e Nuño de Guzmán.

Ítem, entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios Nuestro Señor y Nuestro, y por honrar vuestra persona, y por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador de todas las dichas islas e tierras que, como dicho es, descubriédes y conquistádes por todos los días de vuestra vida, y dello vos mandaremos dar y vos serán dadas nuestras provisiones en forma.

Así mismo, que vos haré merced, como por la presente vos la hago, del oficio de nuestro alguacil mayor de las dichas tierras, por todos los días de vuestra vida, y dello vos será dada provisión en forma . . .¹⁷

Con sus nuevos títulos y capitulaciones, y acompañado de su segunda esposa, doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, Cortés emprendió el viaje de regreso a México en cuyas playas desembarcó el 15 de julio de 1530. Entre los asuntos a los que mayor atención dedicó de inmediato estuvo el de la construcción de sus navíos para cumplir con lo acordado en las capitulaciones.

Cuatro iban a ser sus expediciones, todas ellas por mar, en una de las cuales el propio Cortés participó, emprendidas con la mira puesta —según se expresó en las capitulaciones— en “descubrir, conquistar y poblar cualquier islas que hay en la mar del Sur, de la dicha Nueva España . . .”. Entre esas posibles islas debió ocupar lugar especial en el pensamiento de don Hernando aquella de la que le había traído noticias desde 1523 ese capitán suyo, Gonzalo de Sandoval, que había regresado de Colima. A no dudarle, muy atractiva tenía que resultarle esa supuesta o real gran isla poblada toda de mujeres, pre-

¹⁷ “Traslado de una real cédula por la que el rey concede a Hernán Cortés pueda descubrir y poblar en el mar del Sur y tierra firme, pudiendo nombrar gobernadores, alcaldes y justicias, 5 de noviembre de 1529”, Archivo General de Indias, patronato 16, núm. 2. Publicada en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* (CODOIN), 42 v., Madrid, 1864-1884, v. 12, p. 490-496.

cisamente por el rumbo de Cihuatán (el poniente), tan rica en oro y perlas.¹⁸

El envío de la primera expedición a las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza, 1532

Como lo había hecho Cortés cuando despachó la expedición con rumbo a las Molucas, también ahora, a principios de junio de 1532, hizo entrega de sus correspondientes instrucciones al capitán de esta nueva empresa. En ellas manifestaba a Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo, cómo había de comportarse y en qué forma debía lograr su cometido. Entre otras cosas le indica cómo ha de proveerse de lo necesario, incluyendo “copia [abundancia] de gente de la mar” y que, una vez, ya navegando, no han de perder de vista la tierra [por el rumbo del oriente], pero a la vez observando hacia el poniente en busca de islas u otra tierra firme; y, en caso de que allí se toparen con embarcaciones de los habitantes nativos de esos lugares, ver de qué clase son, si acaso mejores y más poderosas que aquellas en que están ellos navegando; ver con disimulo si en sus atavíos los nativos traen oro o perlas o piedras preciosas; hablar o darse a entender con ellos, mostrándoles que “sóis de una tierra muy cercana a ellos, cuyo señor es el mayor del universo . . .”¹⁹ El propósito principal era, desde luego, obtener información.

Tomando en cuenta que su enemigo, Nuño de Guzmán, se halla más al norte de Colima, en tierras sobre las que pretende exclusiva jurisdicción, Cortés advierte luego a Hurtado de Mendoza que debe apartarse de dicho territorio hasta veinte leguas, si fuere necesario. Una vez fuera de esa jurisdicción real o supuesta, Hurtado habrá de desembarcar y tomar posesión de cualquier isla o tierra firme; deberá avanzar rumbo al norte hasta cien o ciento cincuenta leguas, hecho lo cual, deberá regresar con objeto de hacer información de lo descubierto.

¹⁸ López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 v., México, Robredo, 1943, t. II, p. 202.

¹⁹ “Instrucción que dio Cortés en 1532 a Diego Hurtado de Mendoza, su lugarteniente de capitán general, para el viaje que debía hacer en el armada del propio Cortés, al descubrimiento de la tierra nueva del mar del Sur”, *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, editados por don Martín Fernández de Navarrete, *et alii*, Madrid, 1884, t. IV, p. 167-175.

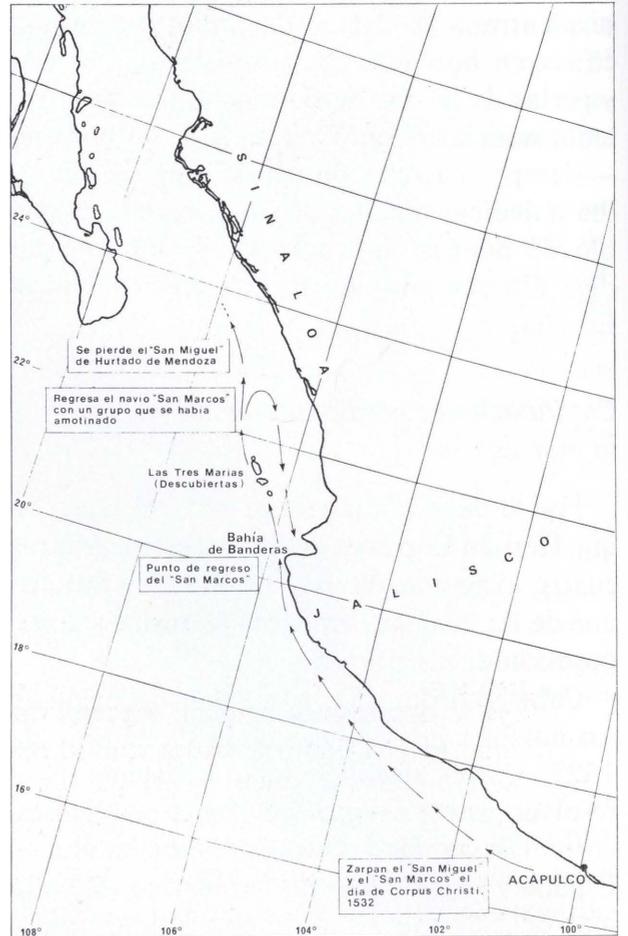


Figura 19. Expedición de Diego Hurtado de Mendoza, 1532.

Varias cosas se desprenden de lo expresado en estas instrucciones, las primeras dadas en relación con los descubrimientos en pos de la gran isla rica en oro y perlas (Cihuatán-California). Una de ellas es la creencia de que, a relativamente corta distancia, pueden encontrarse gentes de considerable desarrollo cultural, dueñas de poderosas embarcaciones . . . , y que, se deja entender, no serían otras sino las de naciones del Asia, quizás Japón o China. En ello Cortés continúa participando en la persuasión de muchos de su época que, de acuerdo con Ptolomeo, pensaban que la circunferencia de la tierra era bastante más pequeña de lo que es en realidad.

Dos fueron los navíos que zarparon de Acapulco con los propósitos indicados. El *San Marcos* era la nao capitana, al frente de la cual iba Hurtado de Mendoza; el *San Miguel*, se encomendaba a Juan de Mazuela. Para enterarnos del curso de la navegación, en forma por demás sucinta pero a la vez bastante precisa, cabe citar el breve texto incluido por el cronista Antonio de Herrera en su *Década Quinta*:

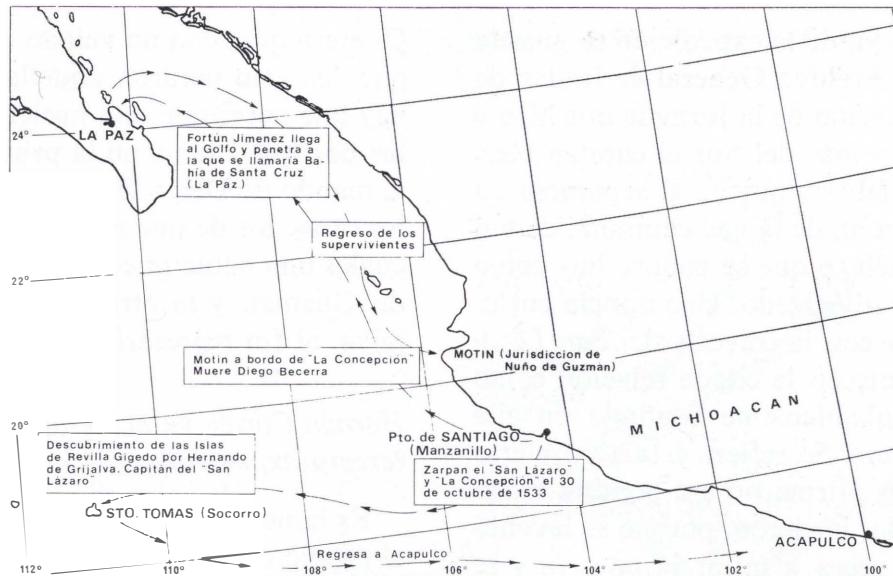


Figura 20. Expedición de Diego Becerra (1533).

El marqués del Valle luego fabricó dos navíos y nombró por capitán de ellos a Diego Hurtado [de Mendoza], y se hicieron a la vela dentro del primer año y, partidos del puerto de Acapulco, llegaron al de Santiago de Buena Esperanza, que es en la provincia de Colima, adonde tomaron más gente y bastimento y siguieron su camino por la costa del poniente y llegaron al puerto de Jalisco [Matanchel], adonde les defendió [impidió] el aguada Nuño de Guzmán, que era gobernador de aquella tierra.

Pasó adelante doscientas leguas, y amotinándose la gente con él, un navío volvió a Nueva España, y con el otro, de buena voluntad, siguió su viaje y pasó mucho tiempo que de él no se tuvo noticia.

El navío que volvió, de miedo de Nuño Guzmán no llegó a Jalisco, surgió en la Bahía de Banderas y pereció con toda la gente a mano de los indios que estaban rebelados, y sólo dos escaparon que dieron esta relación.²⁰

Además de este breve relato se conservan otros, como el muy sumario de Bernal Díaz del Castillo que, tras referir la desgracia de los que aportaron y cayeron en manos de los indios en Jalisco, añade:

Desde allí voló la nueva a México, de lo cual le pesó mucho a Cortés. Y Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir más de él, ni del navío y nunca más apareció.²¹

La expedición capitaneada por Diego Becerra y Hernando de Grijalva, 1533

En carta del 20 de junio de 1533 a su pariente y procurador, el licenciado Francisco

²⁰ Herrera, *op. cit.*, (década quinta, libro VII, cap. III), t. XI, p. 104-105.

²¹ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 392.

Núñez, suscrita en el puerto de Santiago (Manzanillo), en la mar del Sur, da cuenta Cortés de los preparativos en que se halla para iniciar una nueva expedición.

Ha más de siete meses que salí de mi casa para el despacho de estos navíos y los cinco [meses] dellos he estado siempre residiendo en este astillero, sin quitarme de sobre la obra y estaré hasta volverme a México más de otros cuatro, y cuéstate tanto el trabajo de mi persona y gasto de mi hacienda que así lo que más hay que hacer como para el adereso o provisión que desde ahora se comience a hacer para su buen retorno, es menester ayuda de todas partes . . .²²

Si restamos a la fecha de esta carta, 20 de junio de 1533, los siete meses de los que habla Cortés, podremos darnos cuenta de que, consagrado a la hechura de sus navíos, había estado en sus astilleros del puerto de Santiago desde noviembre del año anterior de 1532. Los navíos iban a zarpar del puerto de Santiago el 30 de octubre de 1533.

La nao capitana, comandada por Diego Becerra, ostentaba el nombre de *La Concepción*; la otra denominada, *San Lázaro*, estaba al mando de Hernando de Grijalva. En la primera iba como piloto el vizcaíno Fortún Jiménez que, por ambición, provocaría un motín a bordo y luego, por torpeza, perdería la vida en un enfrentamiento con los indígenas al llegar a una bahía que bien pudo ser la que hoy se nombra de “La Ventana” frente a la isla de Cerralvo o quizá en la de “Las Palmas”, al sur de la península californiana.

²² Cortés, *Cartas y documentos*, p. 516.

A propósito ya de la expedición se guarda también en el Archivo General de Indias de Sevilla la “Relación de la Jornada que hizo a descubrir en la mar del Sur el capitán Hernando de Grijalva”, quien, al separarse su navío, *San Lázaro*, de la nao capitana, descubrió el archipiélago que se conoce hoy como de las islas Revillagigedo. Una noticia curiosa, en relación con la travesía del *San Lázaro*, se halla tanto en la citada relación como en lo que, probablemente fundado en ella consignó Herrera. Se refiere ésta a un cierto pez “que todos afirmaron era hombre marino, porque todos le vieron, porque se levantó tres o cuatro veces a mirar la nao . . . y se regocijaba de la misma manera que un mono . . . y mirando a la gente como si tuviera sentido . . .”²³. De tan fantástica criatura incluye el documento original algunos dibujos. ¡Signo de los tiempos en los que lo real y lo imaginario se daban las manos!

Acudiendo a Francisco López de Gómara, el capellán de Cortés, nos enteramos de que:

Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron a la vela, y nunca más se vieron. Fortún Jiménez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató a Diego Becerra, estando durmiendo; debió ser que riñeron, e hirió malamente a otros algunos. Arribó con la nao a Motín, y echó en tierra a los heridos y a dos frailes franciscanos. Tomó agua, y fue de allí a dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó a tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros a Chiametlan de Xalisco, en el batel, y dijeron a Nuño de Guzmán cómo habían hallado mucha muestra de perlas. Él fue allá, aderezó aquella nao, y envió gente en ella a buscar las perlas.

Hernando de Grijalva anduvo trescientas leguas por el noroeste sin ver tierra; y por eso echó luego a la mar a ver si hallaría islas, y topó con una, que llamó Santo Tomás porque tal día la descubrió. Estaba, según él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados [en realidad en 18° 42’]. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió a descubrir.²⁴

La isla que aquí se nombra de Santo Tomás es precisamente la más grande de las Revillagigedo, que hoy se conoce como Socorro. Respecto de las últimas palabras de

Gómara que, con no velado pesimismo, dice que “en esto pararon aquellas cuatro naos”, hay que notar que está haciendo referencia a las dos que fueron en la primera expedición al mando de Diego Hurtado de Mendoza y a las otras dos de que acaba de hablar y de las cuales una había quedado en poder de Nuño de Guzmán y la otra, la de Hernando Grijalva, al fin regresaría a buen puerto.

Hernán Cortés va al frente de su tercera expedición, 1535

Es lamentable que de esta salida, en la que el propio don Hernando puso pie en California, no se haya conservado algún itinerario u otro testimonio debido al propio conquistador o a alguno de sus capitanes, como Francisco de Ulloa, que estuvo entonces a su lado. Se conservan al menos el “Auto de posesión y descubrimiento de la Tierra de Santa Cruz”, de fecha 3 de mayo de 1535, una carta que suscribió Cortés estando en California el 14 de mayo de 1535, así como un testimonio que formó parte de la documentación del Archivo del Hospital de Jesús, que incluye un elenco, con breve nota biográfica, de quienes pasaron con él a California. Dos mapas existen asimismo, uno que muestra la bahía de Santa Cruz (La Paz) y una parte de las costas e islas cercanas, proveniente de la misma época del descubrimiento y que forma parte del legajo tocante a los derechos de don Hernando en virtud de sus expediciones en el mar del Sur, y otro, atribuido al piloto Domingo del Castillo, del que tan sólo se conocen copias del siglo XVIII.

Los navíos de que disponía Cortés, los llamados *San Lázaro*, *Santa Agueda* y *Santo Tomás*, se hallaban en Chametla y estaban siendo abastecidos. Hacia comienzos de la primavera de 1535, don Hernando efectuó lo comunicado antes a los del Consejo de Indias: “He acordado de tomar otro poco de trabajo e irme con la gente por tierra otras cien o ciento veinte leguas adelante de este puerto a embarcarme . . .”²⁵

Así las cosas, llegó al fin el extremeño con su gente a Chametla en donde encontró ya sus embarcaciones. Esto probablemente sucedió hacia mediados de abril. Aunque para entonces sus hombres habían localizado al navío *Concepción*, del que se había apodera-

²³ CODOIN, t. XII, p. 138.

²⁴ López de Gómara, *op. cit.*, t. II, p. 195-196.

²⁵ Cortés, *Cartas y documentos*, p. 526.

do Nuño de Guzmán, Cortés decidió no emplearlo en vista del mal estado en que se encontraba. Acudiremos ahora a los testimonios de López de Gómara y Herrera para enterarnos, hasta donde es posible, de la trayectoria de esta expedición.

Allí [en Chametla] se embarcó el Marqués con toda la gente y caballos que pudo caber en los tres navíos, y de la que no pudo en ellos, dejó por capitán a Andrés de Tapia, y navegó en demanda de la tierra a donde mataron a Fortún Jiménez, y llegó a unas sierras altas que llamó de San Felipe; y a una isla, tres leguas de tierra, que dijo de Santiago, y el día de Santa Cruz de Mayo entró en aquella bahía a donde mataron a Fortún Jiménez y la llamó de Santa Cruz, y es buen puerto, seguro de todos los vientos y está en 23° y medio al polo Ártico...²⁶

de Santiago— puede afirmarse con seguridad que es la misma que hoy se conoce con el nombre de Cerralvo. Obviamente, el desembarco en la Bahía de La Paz ocurrió el 3 de mayo en que se celebra la festividad de la Santa Cruz. Ese mismo día se tomó posesión de esa tierra.

Poco después envió Cortés dos de sus barcos a la tierra firme para que trajeran al resto de sus hombres. El conjunto de los expedicionarios, según Bernal Díaz del Castillo, sumaba 320 personas, incluyendo a 32 matrimonios. En cambio, Gómara asienta que tan sólo los que se habían quedado en Chametla con Andrés de Tapia, eran 300 españoles, entre ellos 37 mujeres. El número, cualquiera que haya sido, era bastante considerable

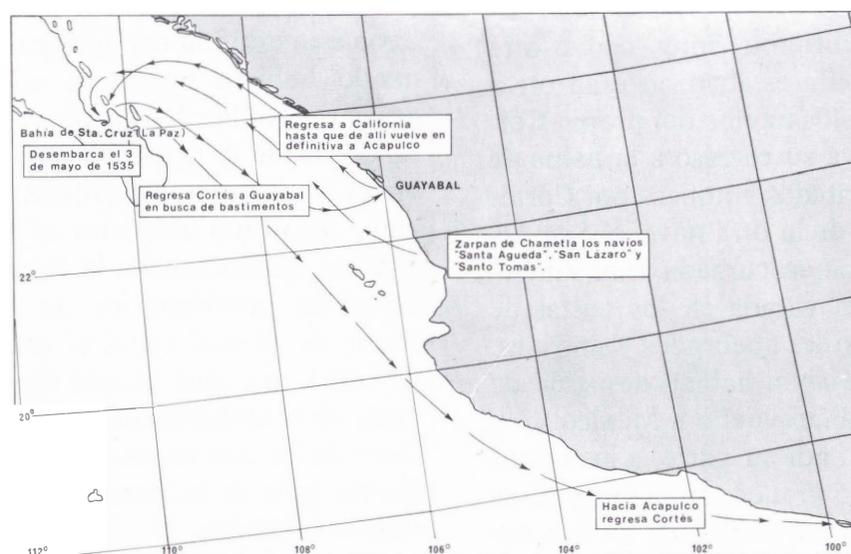


Figura 21. Expedición a California del propio Hernán Cortés (1535).

La medición de la latitud, según la conigna Herrera apoyado en los documentos que pudo consultar, es ligeramente inexacta: La Paz se halla en $24^{\circ} 9'$ de latitud norte. Gracias al mapa que, del extremo sur de la península de California, se conserva en el Archivo de Indias, formando parte del expediente relativo al pleito que sostuvo Cortés con algunos de sus contrincantes —Nuño de Guzmán, Mendoza y otros—, podemos hacer algunas precisiones geográficas. Si respecto de las sierras altas que llamó Cortés de San Felipe, sólo cabe decir que verosíblemente se trata de una parte de la cordillera peninsular, en cambio de la isla que menciona —la que llamó

²⁶ Herrera, *op. cit.*, (década quinta, libro VIII, cap. IX), t. XI, p. 232.

puesto que hubo de ser trasladado en dos viajes. Salieron así con rumbo a la tierra firme la nao *San Lázaro* y el *Santo Tomás*. Lejos de cumplir su cometido, el primero de estos navíos, al iniciar ya su regreso a Santa Cruz, cargado de bastimentos, embarrancó cerca de Jalisco, en tanto que el otro aportó a Guayabal. Los del *San Lázaro*, desistiendo de la expedición, se marcharon con rumbo a México. Los del otro navío se demoraron considerablemente en su regreso, cosa que mucho preocupó a Hernán Cortés y a cuantos estaban con él en la Bahía de Santa Cruz. Con vivos colores describe Bernal Díaz lo que seguramente había escuchado de labios de Cortés, respecto a la situación de los que se hallaban en California:

Porque se les habían acabado los bastimentos, y en el navío que dio al través en tierra de Jalisco iba la carne y bizcocho y todo el más bastimento, a esta causa estaban muy congojados así Cortés como todos los soldados, porque no tenían qué comer, y en aquella tierra no cogen los naturales della maíz, y son gente salvaje y sin policía, y lo que comen son frutas de las que hay entre ellos y pesquerías y mariscos. Y de los soldados que estaban con Cortés se murieron de hambre y de dolencias veintitrés, y muchos más estaban dolientes y maldecían a Cortés y a su isla y mar y descubrimiento . . .²⁷

En vista de todo esto, decidió Cortés ir en busca de socorro en la última embarcación que allí había quedado, y al frente de sesenta hombres, “con hierro, fragua y aderezos para labrar un navío”, según lo consigna Herrera, marchó hacia la Nueva España. Su travesía tampoco fue fácil ya que su embarcación topó con unos arrecifes. En tales circunstancias descubrieron muy cerca otra nao. Los que en ella estaban no eran otros sino los de uno de los navíos del propio Cortés que iniciaban ya su regreso a la bahía de Santa Cruz. Preguntados entonces por Cortés acerca del destino de la otra nave, el *San Lázaro*, le informaron que, cargada de bastimentos, había quedado varada en las costas de Jalisco, con los mástiles quebrados y sin velas. Los que en ella viajaban habían desistido de la expedición y habían vuelto a México.

Cortés, al llegar, por su parte, a las costas de Sinaloa, compró granos, animales y otras vituallas para llevar en auxilio de los que había dejado en la bahía de Santa Cruz. Su retorno tampoco estuvo libre de peligros. Una noche, en tanto que el piloto, Antón Cordero, dormía cerca de la antena de la mesana que estaba con la vela recogida, cayó sobre él la dicha antena y le dio muerte instantánea. El propio Cortés tomó entonces el timón y, después de pasar cerca de la isla que había bautizado con el nombre de Santiago, hubo aún de hacer frente a contratiempos tan graves como el que ocurrió al encayar su embarcación entre unas peñas. Realizadas las maniobras necesarias, pudo al fin proseguir la navegación hasta llegar a la “isla de Santa Cruz”.

Los españoles que allí había dejado estaban trahijados de hambre, y aún se habían muerto más de cinco, y no podían buscar marisco, de flacos,

ni pescar, que era lo que los sostenía. Comían yerbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querían. Cortés les dio la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, porque tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con el hambre, comieron tanto que se murieron otros muchos.²⁸

Este mismo cronista, y también Bernal y Herrera, conservan el recuerdo de lo que siguió a todo esto. La otra embarcación, que asimismo traía bastimentos, y que venía al mando de Hernando de Grijalva, desde las costas de Sinaloa, lejos de llegar a Santa Cruz como lo deseaban Cortés y quienes allí estaban, sin cumplir su cometido hubo de retornar para buscar refugio en las costas novohispanas. Estando así las cosas, llegó de pronto otra carabela, bien distinta, que venía en busca de Cortés, enviada nada menos que, por su mujer, doña Juana de Zúñiga. Se hallaba ésta afligida con temor de que don Hernando hubiera muerto o se encontrara en grave riesgo. Por los de esta carabela se enteró Cortés de la llegada a México del primer virrey, don Antonio de Mendoza. Éste le enviaba asimismo una carta en que le pedía regresara cuanto antes a la Nueva España. Informaron asimismo los de la carabela, al frente de la cual venía el capitán Francisco de Ulloa, que muy pronto deberían llegar las otras dos embarcaciones que aguardaban. Después de esperarlas algún tiempo, decidió Cortés salir de la tierra de Santa Cruz con rumbo a México.

Este viaje fue ciertamente calificado de fracaso por cronistas como Bernal Díaz, que cita lo que oyó le había mandado decir su mujer, la marquesa doña Juana de Zúñiga, que “dejase de porfiar más con la fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona . . .”²⁹ Reconociendo que entonces poco o nada se traslució de provecho en ese seguir porfiando con la fortuna, nuevamente, una mirada a la cartografía, lleva a otras consideraciones. El mapa elaborado por Cortés o por encargo suyo hacia 1535 o 1536, del extremo sur californiano, con la bahía de La Paz y las islas cercanas (Santiago, hoy Cerralvo, y Perlas, hoy Espíritu Santo), confirma que fue entonces cuando se descubrió realmente lo que antes era sólo objeto de rumores. Como

²⁸ López de Gómara, *op. cit.*, t. II, p. 199.

²⁹ Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. I, p. 397.

²⁷ Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 395-396.

habremos de verlo enseguida, la última de las expediciones que envió Cortés, la de 1539, acabaría de revelar el perfil completo de la California mexicana. Muy pronto, desde 1542, en varias producciones de la cartografía universal que luego comentaré —las de Agnese (1542), Alonso de Santa Cruz (1544) y Sebastián Caboto (1544)— se esclareció “ese secreto”, la gran península pudo delinearse ya con bastante precisión. Se reconocía además en dichos mapas, con glosas o leyendas, que ese descubrimiento se debía a Cortés, marqués del Valle.

La cuarta expedición, a cargo de Francisco de Ulloa, 1539

Los trabajos de Cortés en su exploración de la mar del Sur y descubrimiento de California, más que otra cosa le habían ocasionado gastos y disgustos. En su empeño por no dejar abandonada la obra comenzada, quiso enviar a uno de sus mejores capitanes, Francisco de Ulloa, para explorar la mar que separaba a la tierra de Santa Cruz del macizo continental e ir más allá, bojeando dicha tierra, para ver hasta dónde se extendía ésta en el mar océano. Las desavenencias que había tenido con Nuño Beltrán de Guzmán no lo habían desalentado. Ahora iba a entrar tam-

bién en competencia nada menos que con el virrey Mendoza que se proponía explorar por su cuenta, al conocer las noticias aportadas por Alvar Núñez Cabeza de Vaca que, tras un largo recorrido, había hecho su aparición en 1536 en San Miguel de Culiacán, villa fundada por Nuño de Guzmán. Ante el nuevo interés de Mendoza, el conquistador de los mexicas iba a tener que hacer frente a un conflicto con el supremo representante de la autoridad real.

Quizás todas estas circunstancias expliquen que se apresurara Cortés, tan sólo un año antes de su retorno definitivo a España, a enviar esta expedición. Gracias a ella se preciaría por primera vez la existencia de un golfo o mar interior, en cuyo extremo norte desembocaba un gran río y, lo que es también de suma importancia, el carácter peninsular de la tierra de Santa Cruz a la que muy pronto se adjudicaría ya el nombre de California.

Respecto de esta expedición se conservan dos relaciones de primera mano, una debida al propio Francisco de Ulloa y otra a su piloto mayor, Francisco Preciado. Esta última se conoce tan sólo a partir de su versión al italiano, incluida con otros varios relatos de tema novohispano en la obra de Giovanni Battista Ramusio, *Delle Navigazioni e Viaggi*, publicada en Venecia, en 1556. Pueden asimismo consultarse las sumarias recordaciones que de ella hicieron López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo. A modo de visión de conjunto ofrezco el relato de López de Gómara:

Por el mes de mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucacán [Sinaloa], que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos *Santa Agueda*, la *Trinidad* y *Santo Tomás*. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; de Guayabal atravesaron a la California en busca de un navío, y de allí tornaron a pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa más de doscientas leguas hasta do fenece, que llamaron ancón de San Andrés, por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés.

Está aquel ancón en treinta y dos grados de altura y aún algo más [sólo cerca de 31°]; es allí la mar bermeja, crece y mengua muy por con-cierto. Hay por aquella costa muchos volcanes, y están los cerros pelados; es tierra pobre. Ha-

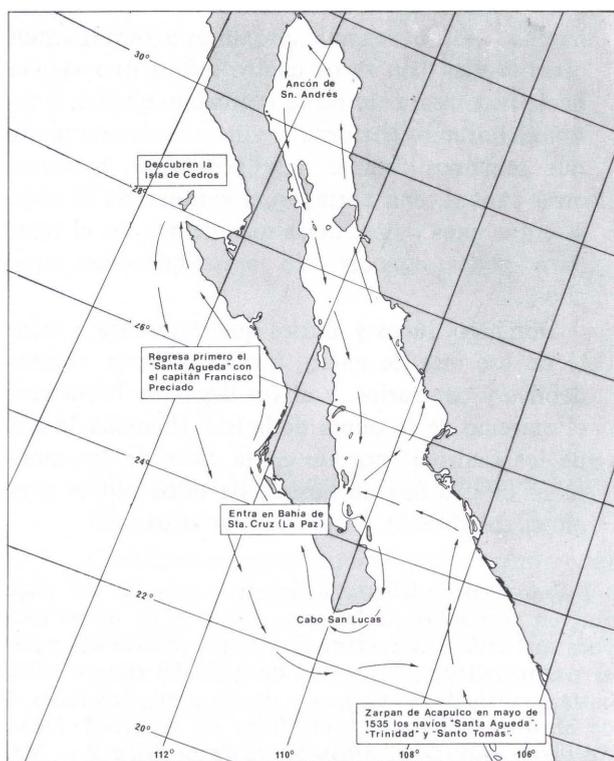


Figura 22. La expedición de Francisco de Ulloa, enviado por Cortés en 1539.

llóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espigas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados, como los otomites de la Nueva España; traen a los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque también los tienen de barro muy bueno.

Del ancón de San Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron a California, doblaron la punta, metieronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancón de San Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: más fue el ruido que las nueces.

Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva España; pero no hizo más de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fue allá él mismo. Créese que hay muy grandes islas y muy ricas entre la Nueva España y la Especería. Gastó doscientos mil ducados, a la cuenta que daba, en estos descubrimientos, que envió muchas más naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después diremos, que hubiese de tornar a España, tomar enemistad con el virrey don Antonio, y tener pleito con el rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.³⁰

De las relaciones escritas por el mismo Francisco de Ulloa y por su piloto mayor Francisco Preciado transcribiré tan sólo algunos fragmentos particularmente interesantes. El primero se refiere a la descripción de las bocas del río Colorado y del extremo norte del golfo de California, al que Ulloa bautizó con el nombre de “Ancón de San Andrés”. Dato que conviene subrayar, y que habrían de corroborar otros muchos exploradores, es el de la dificultad para penetrar por las bocas de dicho río debido a la fuerza de las mareas que, al menguar, dejaban seca la entrada y, al crecer, cubrían de agua una extensión de más de dos leguas de ancho. Veamos el testimonio de Ulloa.

Metidos a la mar en altura de treinta e dos grados y tres cuartos, seis o siete peñascos blancos y altos y puntiagudos, a cuya causa le pusimos por nombre Los Diamantes, y cuatro o cinco leguas andadas de ellos, comenzamos a ver el agua blanca a manera de agua de río . . .

Hallamos un canal, dos leguas de la tierra firme, de hondura de ocho brazas, por la cual en-

³⁰ López de Gómara, *op. cit.*, t. II, p. 201-202.

traban sus dos mareas en veinticuatro horas por su orden y concierto de creciente y de menguante, sin discrepar punto, y con tanta corriente de creciente y menguante que era cosa maravillosa; dejaba en seco cuando menguaba, y henchía cuando crecía; más de dos leguas que había desde do estábamos, a la tierra firme; surgimos en esta canal porque era tarde para pasar adelante, y por ver otro día qué cosa era y a do iba a parar, y luego otro siguiente día, lunes, quisimos pasar adelante, y como aclaró el día y era baja mar vimos toda la mar por do habíamos de ir, entre la una tierra e la otra, cercada de bajos, y allende de esto vimos entre una tierra y otra muchas cabezas de cerros, y lo bajo de ellos no lo pudimos ver por la longitud de la tierra, y visto que por estas causas no podíamos pasar adelante, salté en tierra en un bajo que estaba allí cerca y tomé la posesión por vuestra señoría . . .

Está este ancón y mar Bermejo en altura de treinta y cuatro grados [en realidad cerca de 31]; pusimosle por nombre el ancón de San Andrés y mar Bermejo, porque lo es, y llegamos a él en su día.³¹

Del texto del capitán Preciado, conservado en italiano por Ramusio, ofrezco aquí la versión de la parte en que habla acerca de la toma de posesión de la isla de Cedros.

Y ya que íbamos aproximándonos más, vimos una colina grande llena de hermosos árboles, de la grandeza de los árboles y cipreses de Castilla. En esta isla encontramos pisadas de caza mayor y conejos, y vimos un trozo de madera de pino, por lo cual consideramos que en ese país habría muchos. Así, navegando próximos a tierra, vimos otras canoas con otros cuatro indios que venían hacia nosotros, pero no se acercaban mucho, y entonces miramos por proa, y vimos hacia una punta que teníamos delante muy próxima a nosotros, otras canoas, una parte, en el extremo de la punta entre unos bajos, otras más dentro en el mar, para poder conocer sin aproximárenos mucho . . .

Domingo, lunes y martes que estuvimos a veinte de ese mes de enero, navegamos con vientos débiles y contrarios, y al fin llegamos hasta casi el extremo de la punta de la isla (llamada la isla de los Cedros), porque en la cima de las montañas de ella hay un bosque de estos cedros muy altos, como es la naturaleza de ellos . . .³²

³¹ Francisco de Ulloa, “Memoria y relación del viaje que, en el nombre de Nuestro Señor se ha hecho después que salió esta armada de vuestra señoría del puerto de Acapulco, que fue a 8 de julio del año de 1539, hasta esta isla de los Cedros, a donde quedo hoy lunes, 5 de abril de 1540 años”, en Julio Le Riverend (ed.), *Cartas de relación de la conquista de América*, 2 v., México, Editorial Nueva España, s.f., t. I, p. 642-695.

³² “Relación de Francisco Preciado”, en G. B. Ramusio, *op. cit.*, p. 35 r. v.

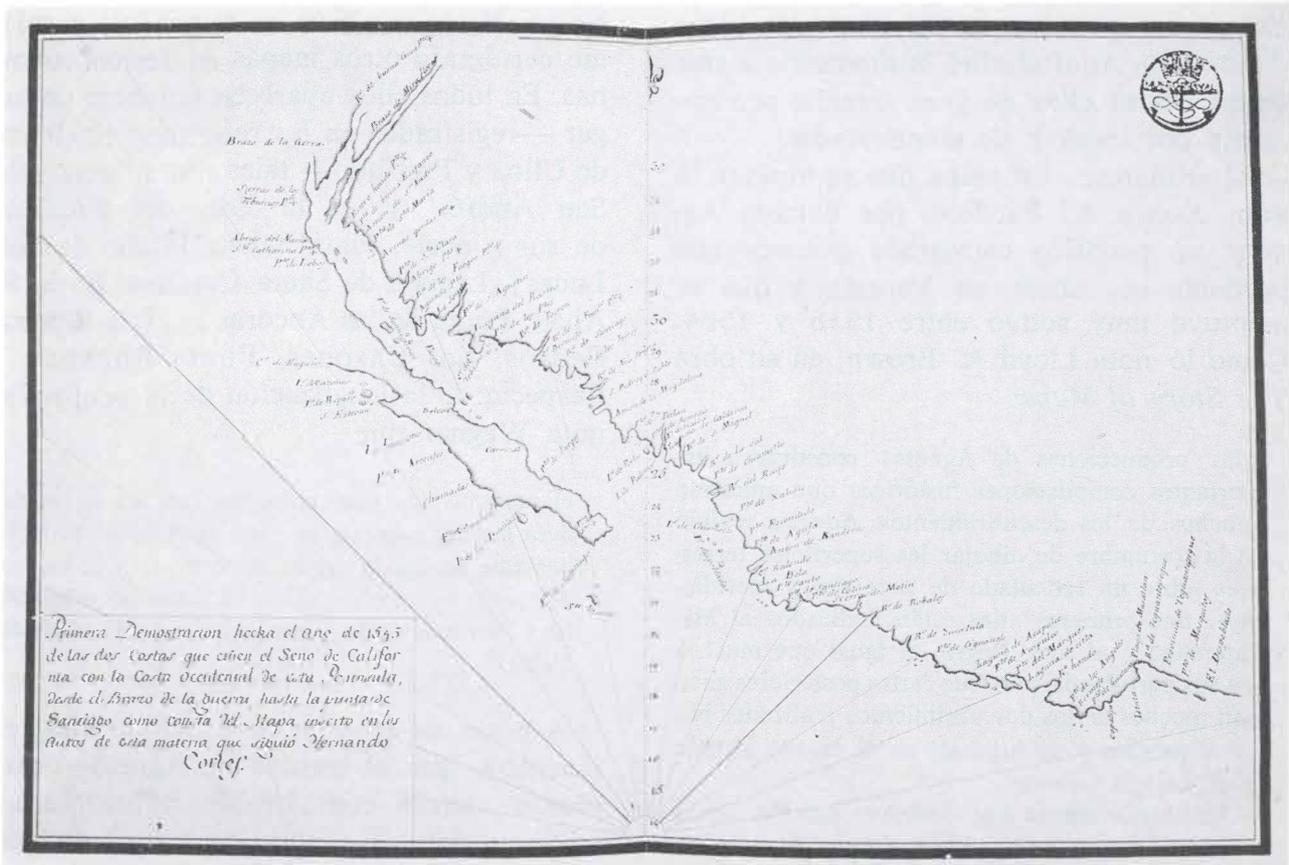


Figura 23. Mapa de las costas occidentales de Nueva España y de la península de California por Domingo del Castillo. Es ésta una copia tardía del original dibujado en 1541. Incluye nombres de lugar derivados tanto de la expedición de Ulloa en 1539 como también de la llevada a cabo, un año después, por Hernando de Alarcón —enviado por el virrey Antonio de Mendoza— y en la que también participó el piloto Castillo.

Aunque por algún tiempo se creyó que, de los navíos que participaron en esta expedición, el *Santa Agueda*, en el que iba a bordo Francisco de Ulloa, después de pasar adelante de la isla de Cedros, se había perdido para siempre, existen varios testimonios, entre ellos uno de Bernal Díaz del Castillo y otro de Íñigo López de Mondragón, que permiten afirmar que este capitán y amigo de Hernán Cortés no sólo llegó a la Nueva España sino que participó más tarde en la guerra de Argel, promovida por Carlos V.³³

La importancia de esta expedición obviamente no puede medirse en función de las nulas ganancias y crecidos gastos que por ella tuvo Hernán Cortés. El punto verdaderamente interesante es que, gracias a esta última exploración pudieron delimitarse por vez primera los litorales del golfo o mar

Bermejo, conocido también como “mar de Cortés”, así como el carácter peninsular de California. Gracias, por otra parte, a las relaciones de Ulloa y Preciado, esta última difundida en la obra de Ramusio, tan importante información geográfica comenzó a introducirse en algunos mapas que se elaboraron por ese tiempo. Es cierto que también a esto habrían de contribuir ampliamente los testimonios de otra expedición, la que en 1540 propició el virrey don Antonio de Mendoza, y de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

Mapas derivados de las exploraciones cortesianas

Los mapas a que aludiré sólo pudieron elaborarse sobre la base de los testimonios que alcanzaron a conocerse en temprana fecha respecto principalmente de las expediciones cortesianas de 1535 y 1539. La prueba de su relación con tales expediciones se halla sobre todo en la toponimia que en dichos mapas se registra y coincide con los nom-

³³ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. I, p. 606. Sobre el testimonio aportado por Íñigo López de Mondragón, véase: Henry R. Wagner, “Francisco Ulloa Returned”, *California Historical Society Quarterly*, San Francisco, September, 1940, v. XIX, p. 241-243.

bres que aparecen en las relaciones de Ulloa y Preciado. Aquí aludiré básicamente a tres cartas, todas ellas de gran interés, precisamente por tratarse de mapamundis.

El primero es un mapa que representa la gran cuenca del Pacífico, por Battista Agnese, un prolífico cartógrafo genovés que producía sus obras en Venecia y que se mantuvo muy activo entre 1536 y 1564. Como lo nota Lloyd A. Brown, en su obra *The Story of Maps*:

[las producciones de Agnese] constituyen importantes compilaciones históricas que muestran muchos de los descubrimientos. Además revivió él la costumbre de dibujar las superficies terrestres sobre un reticulado de paralelos y meridianos. Sus primeros atlas están dedicados al Mediterráneo y al mar Negro, al igual que muchos de sus portulanos, pero sus cartas posteriores abarcan muchos de los descubrimientos realizados por los españoles y portugueses en el Nuevo Mundo y el Lejano Oriente.

Los historiadores han dedicado muchas horas a tratar de encontrar cómo obtuvo él su información, pues el mismo Agnese no lo dijo. Al parecer él fue el primero en mostrar en un mapa los descubrimientos de Francisco de Ulloa en 1539-1540, al igual que los de Marcos de Niza en lo que hoy es Arizona y Nuevo México.³⁴

En opinión de Henry R. Wagner, Agnese casi seguramente logró obtener algún mapa de los inmediatamente derivados de la citada expedición. Así se explica que pudiera registrar no pocos de los nombres consignados en las aludidas relaciones de Ulloa y Preciado. Es interesante notar además que Agnese había preparado ya antes otros varios mapamundis en los que representó con bastante precisión el perfil del Nuevo Mundo, pero en dichas cartas de años inmediatamente anteriores a la expedición de Ulloa, las costas noroccidentales del Nuevo Mundo se muestran desvanecidas, de intento imprecisas. Tal es el caso de un mapa de 1536, incluido en uno de sus primeros atlas, conservado actualmente en el Museo Británico y en el que se indica el derrotero de la nao *Victoria* de Magallanes.

El que es probablemente el primer mapa en que aparece la península de California como parte del perfil del Nuevo Mundo, fue elaborado por Agnese en 1542. Conservado éste en la Biblioteca Pierpont Morgan de

Nueva York, con base en él produjo el mismo cartógrafo otros mapas en fechas cercanas. En todos ellos aparecen nombres de lugar —registrados en las referidas relaciones de Ulloa y Preciado— tales como “ancón de San Andrés” y, en la costa del Pacífico, de sur a norte, Plaia Balena [Cabo de San Lucas], Laguna de Santa Catalina, B. de S. Abad, Punta de las Áncoras . . . Isla Riparo, Cedros, Los Cazones, Punta Engaño . . . Respecto de la localización de la península, nota Wagner que

el extremo sur está colocado casi en su verdadera latitud, aunque la costa meridional se halla bastante inclinada hacia el oeste . . . y la cabeza del golfo aparece en 35° o 36°, mucho más arriba y aún más de la latitud que le había asignado Ulloa.³⁵

A pesar de estas y otras deficiencias, es innegable que el trabajo de Agnese —que pronto ejerció considerable influencia en otros cartógrafos— constituye un logro extraordinario: introducir el perfil californiano en la cartografía universal tan sólo dos años después del tiempo en que se habían realizado los descubrimientos. Si Hernán Cortés pudo enterarse del mapa de Agnese, hallándose en España —cosa del todo incierta— razones encontraría en ello para sonreír un poco: a pesar de todo, ¡sus expediciones habían contribuido a delinear el perfil del Nuevo Mundo!

Otro mapamundi en el que asimismo se incluyó ya a California y en el que, para consuelo de don Hernando, se hace mención expresa de él, se debió nada menos que a Sebastián Caboto que lo dio a conocer en 1544. Sebastián había participado en varios viajes de exploración en el Nuevo Mundo, a partir de los que realizó con su padre Giovanni, al servicio de Inglaterra en las costas del Atlántico norte. Años más tarde, en 1527, Sebastián pasó al servicio de España y llegó a ocupar el puesto clave de piloto mayor de la Casa de Contratación en Sevilla. Allí tuvo amplio acceso a cuantas fuentes primarias de información llegaban tocantes a nuevos descubrimientos. En dicha Casa de Contratación se guardaba el “Padrón General” en el que se hacía puntual registro de lo que se descubría.

³⁴ Lloyd A. Brown, *The Story of Maps*, New York, Bonanza Books, 1959, p. 141.

³⁵ Henry R. Wagner, *The Cartography of the Northwest Coast of America to the year 1800*, op. cit., p. 23.

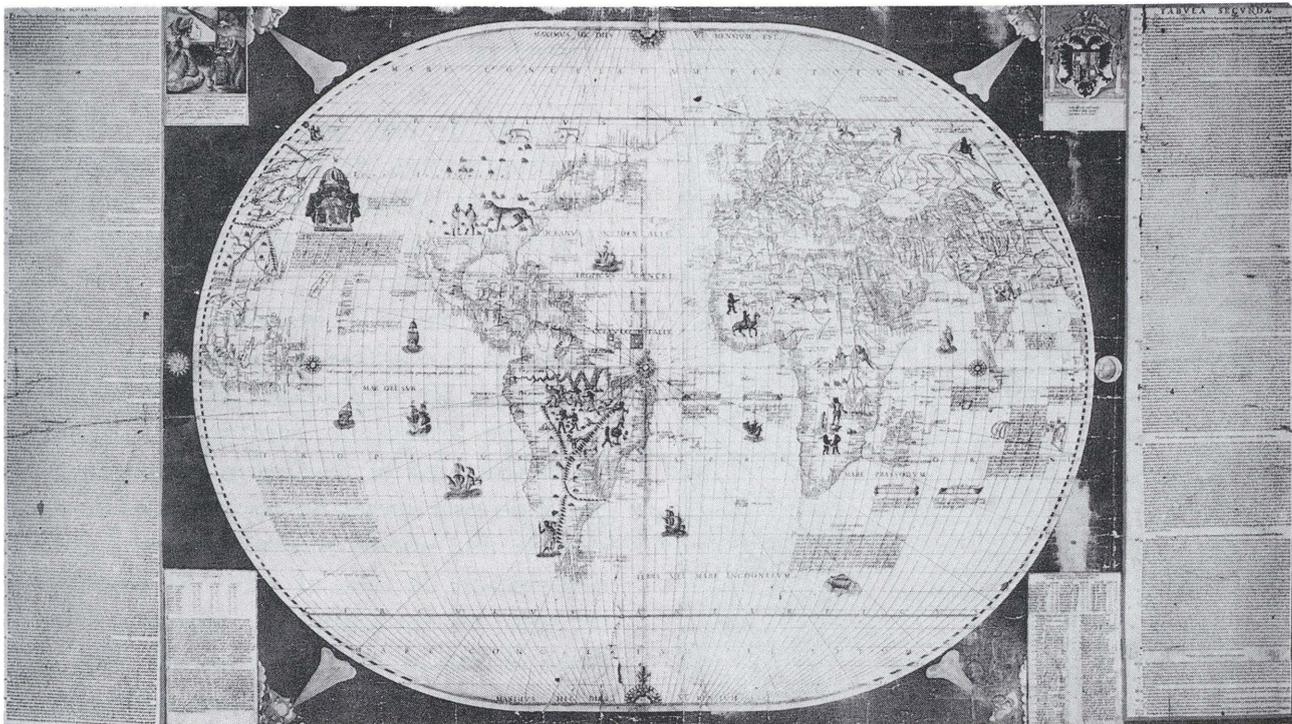


Figura 24. Mapamundi de Sebastián Caboto (1544) en el que se delinea ya a California.

Lo anterior explica que Sebastián Caboto pudiera incluir en su planisferio, impreso en 1544, una bastante adecuada representación del perfil peninsular de California. Además de registrar allí parte de la toponimia original, en su mapa se delinear muy felizmente, tanto los litorales atlánticos como los del Pacífico, de lo que hoy es México. Arriba, en lo que hoy es parte del suroeste de Estados Unidos, se ven dos indígenas con un puma frente a ellos. Abajo se lee la siguiente inscripción:

Esta tierra fue descubierta por el marqués del Valle de Guaxa[ca], don Hernando Cortés.

Más verosímil es pensar en este caso que Cortés haya podido contemplar este mapa o tener al menos alguna noticia de él. Wagner consigna que en Amberes se publicó en 1544 un panfleto intitulado *Declaratio chartae novae navigationis Domini Almirantis* [Declaración de la carta de la nueva navegación del señor almirante]. Dicho planfleto al parecer pretendía ser una explicación del mapamundi de Sebastián Caboto. El único ejemplar que se conoce del mismo se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena. No pocos cartógrafos se inspiraron más tarde en esta producción de Caboto. Tal fue el caso de una parte de la obra del portugués Diego Homem. De ella se conocen varias cartas publicadas a partir de 1558.

El tercer mapa que importa describir, aunque dos años anterior al de Caboto y, por tanto, coincidente en fecha con el primero de Agnese, se debió al cosmógrafo mayor de la ya mencionada Casa de Contratación de Sevilla, Alonso de Santa Cruz. El mapa se describe como *Nova Verior et Integra Totius Orbis Descriptio, Nunc Primum in Lucem Edita per Alfonsum de Santa Cruz, Caesaris Charolis V Archic cosmographum*, A.D. M.D. XLII. [Nueva, más verdadera y completa descripción de todo el orbe, ahora por primera vez sacada a luz por Alfonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor del César, Carlos V, año del Señor, 1542].³⁶

Esta carta guarda obvia relación con la obra del mismo Santa Cruz, *Islario General de todas las islas del mundo*, delineado originalmente el mismo año. En dicho trabajo alude Santa Cruz, pero muy vagamente, a los descubrimientos promovidos por Cortés. En particular se refiere a un golfo descubierta hace pocos días por Hernando Cortés, en el que hay islas grandes y pequeñas que se cree están despobladas.

La representación de California es bastante desafortunada. El golfo se muestra muy abierto y poco largo, más circular que ovalado, con tres islas innominadas en su inte-

³⁶ Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las islas del mundo*, 2 v., Texto y atlas, Madrid, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, 1918.



Figura 25. Detalle del mapamundi de Sebastián Caboto (1544). Debajo de la representación de los dos indígenas se lee: “Esta tierra fue descubierta por el Marqués del Valle de Oaxa[ca] don Hernando Cortés.” Con gran cautela, Caboto no continúa su delineación arriba de la península californiana. (Se conserva en la Biblioteca Nacional de París.)

rior. La península está fragmentada y, por el sur, se convierte en una isla. Acompaña a ésta la siguiente inscripción:

isla que descubrió el marqs del Valle

Como prueba inequívoca de que, al preparar este mapa ya tenía noticia Alonso de Santa Cruz de las expediciones que, por mar y tierra, había despachado el virrey Mendoza, entrando en competencia con Cortés, se lee en otra inscripción arriba de la península:

tierra que enbio a descubrir don Antonio de Mendoza

Arriba de esta inscripción se miran las representaciones de las famosas “Siete ciudades”, tan ponderadas —según veremos en el próximo capítulo— por el fantasioso fray Marcos de Niza.

Siendo bastante inadecuada esta representación de California, mucho más deficiente que las de Agnese y Caboto, constituye el primer testimonio cartográfico, debido a un español, en el que se quiso incluir ya el perfil de esas tierras noroccidentales de América en una nueva, más verdadera e íntegra descripción de todo el orbe. El mapa, conservado en la biblioteca de la Academia Real de Suecia, da testimonio de ello.

A diferencia de los mapas de Agnese y Caboto, éste de Santa Cruz —en caso de que Cortés pudiera haberlo contemplado— en él su regocijo hubiera sido mucho menor. Independientemente de que la lectura de las relaciones de Ulloa y Preciado le hubiera permitido detectar sus más obvias inexactitudes geográficas, le habría molestado en extremo ver allí la atribución al virrey Mendoza. Con él mantendría don Hernando largo pleito, pues consideraba había hecho usurpación de sus derechos para descubrir en la mar del Sur.

Realidad, por encima de todo innegable, es que al menos en estos mapas, primerísimos testimonios dentro ya de la cartografía universal, en los que California —todavía sin tal nombre— se torna presente, se incluye asimismo una mención expresa del marqués del Valle, don Hernando Cortés. Testimonio, más perdurable aun de sus empeños y ensueños en torno a la mar del Sur, ha quedado en el nombre, muchas veces empleado y consignado en numerosos mapas, de “mar de Cortés” como sinónimo de “mar Bermejo” o golfo de California.